

Hércules el Discípulo – El Mito

Él se paró delante de su Maestro oscuramente el comprendía que una crisis se había producido en él, conduciéndolo a cambiar de lenguaje de actitud y plan. El Maestro lo miró y fue de su agrado.

“¿Tu nombre?” le preguntó y esperó una respuesta.

“Heracles”, llegó la respuesta, “o Heracles, me dicen que significa preciosa gloria de Hera, el brillo y esplendor del alma. ¿Qué es el alma, OH, Maestro? Dime la verdad”.

“Esa alma tuya la descubrirás a medida que hagas tu obra, y encuentres y uses la naturaleza que es tuya. ¿Quiénes son tus padres? Dime esto, hijo mío”.

“Mi padre es divino yo no lo conozco, excepto que, en mí mismo, sé que soy su hijo. Mi madre es terrenal la conozco bien y ella me ha hecho como tú me ves.

Asimismo, OH, Maestro de mi vida, soy también uno de los gemelos, hay otro, parecido a mí. A él también lo conozco bien, sin embargo no lo conozco. Uno es de tierra, por lo tanto terrenal; el otro es un hijo de Dios”.

“¿Qué hay de tu educación, Hércules, hijo mío? ¿Qué puedes hacer y cuánto te ha sido enseñado?”

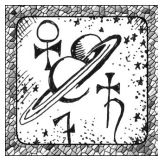
“En todas las realizaciones yo soy experto; estoy bien enseñado, bien entrenado, bien guiado y soy bien conocido. Conozco todos los libros, también todas las artes y las ciencias, me son conocidos los trabajos del campo, además la destreza de aquellos que pueden permitirse viajar y conocer a los hombres. Me conozco a mí mismo como a alguien que piensa y siente y vive”.

“Una cosa, OH, Maestro, debo decirte y así no engañarte. El hecho es que no hace mucho yo mate a todos aquellos que me enseñaron el pasado. Yo maté a mis maestros, y en mi búsqueda de libertad, ahora estoy libre. Busco conocerme a mí mismo dentro de mí mismo y a través de mí mismo”.

“Hijo mío, eso fue un acto de sabiduría y ahora puedes permanecer libre. Prosigue tu trabajo ahora, recordando como lo haces, que en la última vuelta de la rueda vendrá el misterio de la muerte. No olvides esto. ¿Qué edad tienes hijo mío?”.

“Dieciocho veranos habían pasado cuando yo mate al león, y de allí use su piel. Así mismo a los veintiuno me encontré con mi desposada. Hoy estoy ante ti triple mente libre. Libre de mis primitivos maestros, libre del temor al miedo y libre verdaderamente de todo temor”.

“No te vanaglories, hijo mío sino demuéstreme la naturaleza de esta libertad que tu sientes. Nuevamente en Leo, te encontrarás con el león. ¿Qué harás? Otra vez en Géminis,



ASTROLOGÍA

los maestros a quienes mataste cruzarán tu senda. ¿Lo has realmente dejado atrás? ¿Qué harás? De nuevo en Escorpio lucharás con el deseo. ¿Permanecerás libre, o la serpiente te encontrará con sus engaños y te derribará en tierra? ¿Qué harás? Prepárate para probar tus palabras y tu libertad. No te vanaglories, hijo mío sino demuéstreme tu libertad y tu profundo deseo de vivir”.

El Maestro se sentó en silencio y Hércules se retiró y enfrentó, el primer gran Portal. Entonces el que presidía que se sentaba en el Concilio de la Cámara del Señor, habló al Maestro y le ordenó llamar a los dioses para presenciar el esfuerzo e iniciar al nuevo discípulo en el Camino. El Maestro llamó. Los dioses respondieron vinieron y dieron sus dones a Hércules y muchas palabras de sabio consejo, conociendo las faenas que tenía por delante y los peligros del Camino.

Minerva le entregó una túnica, tejida por ella misma, una túnica que se ajustaba bien, de rara y fina belleza. Él se la puso con triunfo y orgullo regocijándose en su juventud. Tenía que probarse a sí mismo.

Vulcano forjó para Hércules un pectoral de oro para proteger su corazón, la fuente de vida y fuerza. Este obsequio de oro era ceñido, y, así escudado, el nuevo discípulo se sentía seguro. Él tenía todavía que demostrar su fuerza.

Neptuno llegó con un par de caballos y se los entregó, a traillados, a Hércules. Ellos venían directamente del lugar de las aguas, de rara belleza y probaza fuerza. Y Hércules se alegró, pues él todavía tenía que probar su poder para conducir a los dos caballos.

Con lenguaje agraciado y brillante ingenio llegó Mercurio, llevando una espada de raro diseño que es ofreció, en un estuche de plata a Hércules. Él la ató en el muslo de Hércules, pidiéndole que la mantuviera afilada y brillante. “Debe dividir y cortar”, dijo Mercurio, “Y debe moverse con precisión y adquirida destreza”. Y Hércules, con alegres palabras dio sus gracias. Él tenía todavía que demostrar su alardeada destreza.

Con sonido de trompetas y en ímpetu del pataleo brillaba el carro del Dios Sol. Apolo llegó y con su luz encantó alegró a Hércules dándole un arco, un arco de luz. A través de nueve anchos Portales abiertos debe pasar el discípulo antes que haya adquirido suficiente destreza para estirar ese arco, Le tomó todo ese tiempo para acreditarse como el arquero. Sin embargo, cuando el don fue ofrecido, Hércules lo tomó, seguro de su poder, un poder todavía sin demostrar.

Y así, él se irguió equipado. Los dioses de pie alrededor de su maestro, y observando sus travesuras y su alegría. Él jugaba delante de los dioses, y mostraba sus proezas, alardeando de su fuerza. Repentinamente se detuvo y reflexionó largamente; luego dio los caballos a un amigo para que los sostuviera, la espada a otro y el arco a un tercero. Entonces, corriendo, desapareció dentro del bosque cercano.

ASTROLOGÍA



Los dioses esperaron su regreso asombrándose y perplejos ante su extraña conducta del fondo del bosque el salió sosteniendo en alto un garrote de madera cortado de vigoroso árbol vivo.

“Éste es mi propio presente”, gritó, “Nadie me lo dio puedo usar esto con poder. OH, dioses observad mi hazaña suprema”.

Y entonces, y sólo entonces, el Maestro dijo: “Sal a trabajar”.

EL TIBETANO